

**Nota introductoria. Filosofía chilena sin tachadura
importancia de la producción y el problema de la pregunta¹**
**Introductory Note. Chilean philosophy without stigmatizing
importance of production and the problem of the questio**

Alex Ibarra Peña
Universidad Católica Silva Henríquez
alex_ibape@yahoo.com

¿Dónde están los filósofos?
¿Dónde están los filósofos chilenos?
Los busqué en la plaza de armas
y no los encontré.
Los esperé varias horas y días sin verlos,
¿Hay filósofos en Chile? Hay pero no están.
Me entretuve a la intemperie viendo a los ajedrecistas,
a una sonora al estilo Huambalí.
¿Puchas que dan ganas de bailar
las patitas se te mueven solitas!
Sentado al lado de una puta
me ofrecieron drogas que ya no consumía.
Un pastor evangélico de pecador me trató
mientras más lejos se escuchaban las campanas
que llaman a misa a los pedófilos
no arrepentidos ni condenados.
A ningún filósofo ví
la mayoría salió de viaje a congresos,
otros apurados en terminar algún abstract o paper
para volver a salir antes de desarmar
la maleta del viaje anterior.
El resto redactando documentos
con membretes del CONICYT
los menos haciendo clases formando juventudes.

1 Aclaro que hay una versión previa de este texto que fue leída en el mes de julio de este año en la Universidad de Valparaíso en una jornada realizada en torno a las preguntas de si podemos hablar de “filosofía chilena” o “filosofía en Chile” organizada por el CEPIB, agradezco la invitación que me hiciera Braulio Rojas.

Introducción

La inclusión de la palabra tachadura en este título es un guiño estilístico de esos que suelen usarse en la escritura filosófica, pero en este caso es para aludir a cierta cuestión más bien historiográfica. Con esto quiero recordar ciertas reflexiones que podrían servir para una sistematización sobre el problema planteado en este encuentro que invita a reflexionar en torno a una definición o aproximación del uso apropiado que refiera la producción filosófica nacional desde las expresiones “filosofía chilena” o “filosofía en Chile”.

Quisiera recordar algunos textos que asumiendo una perspectiva de revisión de la producción filosófica eludieron la expresión “filosofía chilena”. El texto inaugural de esta ya prolongada y desconocida reflexión es del año 1972 y fue escrito por Patricio Marchant y aparece bajo el título “Situación de la filosofía y situación de la filosofía en Chile” en donde la palabra Chile aparece tachada, en la cual sentencia: *“La filosofía en Chile no ha servido nunca ni ha pensado nunca adecuadamente”*. Si consideramos esta sentencia con cierta perspicacia podríamos extraer conclusiones ventajosas para establecer el requerimiento de una filosofía nacional más apropiada. Pablo Oyarzún se ha referido a la obra de Marchant considerándola como un intento de hacer una filosofía situada lo cual, según Pablo Oyarzún, vendría a constituir una cuestión novedosa entre los cultores de la disciplina en nuestro país. Cecilia Sánchez también ha reclamado en *Escenas del cuerpo escindido* la escasez de un pensamiento situado al interior de la actividad filosófica nacional: *“...mi incomodidad también se extiende a los cierres que sus propios cultores han practicado, impidiéndose ejercer una reflexión situada y en conexión con fenómenos políticos y fuerzas corporales, en espacios y tiempos que afectan a las palabras y a quien las emite en su estatuto y en su decibilidad”* (23). Estos autores ya sea elaborando, interpretando o reclamando la necesidad de una filosofía situada, no han llegado a la expresión de “filosofía chilena”, otros que han reflexionado después sobre este asunto evaden o problematizan la expresión “filosofía chilena”. Se puede afirmar que incluso entre los más dispuestos a reconocer una actividad filosófica nacional hay una suerte de negación al reconocimiento de una “filosofía chilena”, en consecuencia, todavía sigue siendo riesgoso utilizar dicha expresión. Pero, es más problemático aún en los ámbitos académicos locales en los cuales se favorece un cultivo de la disciplina filosófica bastante exiguo basado en la

repetición de ciertas nociones especulativas elementales, pero no siempre claras.

Sin embargo, existe una cierta producción, que si bien ligada a la academia se ha atrevido a salir de una concepción filosófica estandarizada incluyendo la actividad filosófica chilena. Nombres como los de Luis Oyarzún, Juan Rivano, Mario Berríos, Patricio Marchant, Roberto Escobar, Cecilia Sánchez, Alex Ibarra y Matías Silva abrieron campos de reflexión y aportaron cuestiones metodológicas para el estudio de ésta. Otros más han ayudado a realizar estudios sobre algunos filósofos chilenos o planteando algunos problemas, entre éstos están Patricia Bonzi, Osvaldo Fernández, Marcos García de la Huerta, Carlos Ruíz Schneider, Jaime Caiceo, Jorge Vergara, Hermes Benítez, Pablo Oyarzún, Olga Grau, Ricardo Salas, Maximiliano Figueroa, Zenobio Saldivia, José Santos, José Jara, Miguel Orellana Benado, Wilfredo Quezada, Andrés Bobenrieth, Patricia González, Alejandro Serani, César Abarca, Fernando Viveros, María José López, Alvaro García, Alejandro Fielbaum, Stefan Vrsalovic, Marcelo Alvarado, Miguel Vicuña, Jorge Acevedo, Iván Trujillo, Rogelio Rodríguez, Fernando Gallo, Patricio Peñailillo, Francisco Cordero y Pablo Martínez, Marcos Aguirre, Eduardo Fernandois, etc.

A pesar de la proliferación de estos importantes estudios escasamente se ha usado la expresión “filosofía chilena”, sin atribuir mucho mérito al uso de esta expresión que utilicé hace algunos años, quisiera señalar que por lo menos ha sido productiva en cuanto que ha sido problematizada, motivó distintas publicaciones, seminarios, números de revistas dedicadas a los filósofos chilenos, hasta título de artículos en prensa.

En ese libro siguiendo algunas ideas de Miguel Orellana Benado acerca de la institucionalización y de Cecilia Sánchez sobre la institucionalización de los estudios filosóficos en Chile, intenté aplicar algunos criterios para relevar la presencia de la filosofía analítica en Chile. Si bien el libro presentaba un estudio bastante reducido de filósofos chilenos ha sido recogido como texto útil para el estudio de la filosofía latinoamericana por importantes filósofos latinoamericanos como el argentino-mexicano Horacio Cerutti-Guldberg que lo incorporó en la bibliografía de sus cursos de doctorado de la UNAM y en la Universidad Católica de Córdoba, David Sobrevilla lo comenta

en un artículo que hace un balance sobre la producción actual de la filosofía latinoamericana, Pedro Krcmarczic publicó una reseña crítica en Argentina, y el colega y amigo César Abarca que lo reseñó para la revista española *Hispanismo Filosófico*. En el ámbito local Miguel Orellana Benado, Wilfredo Quezada y Rodrigo López han asumido una discusión crítica con el texto, centrada en el esclarecimiento de si existe o no existe un desarrollo de la filosofía analítica en Chile. Puedo concluir que el libro ha tenido bastante suerte dado de que la discusión y el comentario crítico serio en nuestro medio es escasa.

No voy a abordar una defensa de las ideas expuesta en el libro ni tampoco una discusión con los generosos colegas y amigos. Dada la gran tarea que exigen los estudios sobre la “filosofía chilena” he ocupado el tiempo en otros estudios apartados de la tradición analítica en Chile.

Quiero aprovechar esta oportunidad para avanzar hacia una discusión menos evidente que se ha presentado en torno a ciertas críticas y precisiones que han sido hechas de manera menos rigurosa debido a que no se ha registrado en textualidad. Este asunto crítico se ha hecho de manera menos directa, por lo tanto no siento la necesidad de hacerme cargo de una discusión más seria. El intento, entonces, será una discusión más oblicua, pero que tiene la pretensión de aclarar ciertas cuestiones en beneficio de la expresión “filosofía chilena”.

Producción filosófica nacional

Nos han invitado a hablar sobre la posibilidad de las filosofías nacionales, según mi modo de ver dicha producción es innegable y la reflexión sobre éstas aporta para la discusión en torno a la historia de la ideas latinoamericanas, pero además son valiosas para la instalación de nuestro canon filosófico que sigue ampliamente ignorado o negado bajo el imperio de una concepción filosófica atrapada en la idea de la universalidad de la filosofía que termina siendo más bien un problema ideológico sustentado por el eurocentrismo tan criticado durante todo el siglo XX. Las críticas al eurocentrismo difundidas en varias disciplinas del saber, parece que en nuestra disciplina no suelen ser asumidas. Uno de los principales atrasos de nuestra filosofía tiene que ver con este asunto que en definitiva produce una reducción metodológica para el quehacer filosófico. La filosofía en escasas ocasiones se ha hecho desde criterios reductivos, más bien a la filosofía le son propias cuestiones relacionadas

a ampliaciones metodológicas. La defensa de la filosofía disciplinaria fue necesaria en el proceso de instalación de ésta en las universidades chilenas durante la década del 50, dicha tarea no tiene vigencia en nuestros días, salvo que queramos defender un desarrollo de la filosofía ligado a cuestiones que sólo tendrían sentido al interior de los departamentos de filosofía, pero que no prestan ningún servicio a las universidades ni a la reflexión social-cultural-política. Otra posibilidad para insistir en esta reducción metodológica es la consideración que asume a la filosofía como un saber puro alejado de un quehacer práctico. ¿Qué necesidad tiene la universidad de mantener el cultivo filosófico entendido en estos márgenes? Nuestra universidad debería responder a las transformaciones sociales a las que estamos asistiendo por estos días, sería un error hacer una defensa de la universidad entendiéndola como una torre de marfil. Hoy la universidad se encuentra exigida -y con razón- por las necesidades históricas y cambios políticos.

Si es que aceptamos que la filosofía tiene que ver con algo así como producción de ideas motivadas por la reflexión, creo que la podríamos evaluar a partir de la afirmación de Eduardo Devés cuando sostiene que en distintos momentos históricos las ideas tienden a la reoriginalización, aludiendo con esto a la latinoamericanización de las ideas, pero desde nuestra perspectiva, también aludiendo a la posibilidad de los pensamientos locales y por extensión nacionales. La filosofía, por lo tanto también se encuentra condenada a sufrir estos derroteros.

Plantear esta cuestión sobre las filosofías nacionales tiene la riqueza de que obliga a los especialistas a tener que considerar las distintas producciones locales en todo ámbito de la cultura: artes, letras, ciencias, creencias y costumbres, etc; pero, también prestar mucha atención al desarrollo de las ideas políticas, sociales, económicas y éticas. Teniendo en cuenta las producciones locales en estos ámbitos señalados podemos ver que asistimos en estos días a uno de esos momentos de reoriginalización que no se representaba con nitidez desde la década del sesenta.

Esta tarea de reflexión tiene que estar muy atenta a no caer en una sobrevaloración acrítica de la producción nacional frente a los peligros que representan los “nacionalismos” que boicotean cuestiones tan importantes y pendientes como la integración latinoamericana. La valoración de nuestras ideas filosóficas no puede traer consigo el desprecio de otras filosofías.

El problema de la pregunta

La pregunta sobre la existencia de una “filosofía chilena” es una pregunta bastante fructífera que viene siendo contestada con variadas investigaciones, pero que al asumir discusiones escolásticas como si *tenemos* que hablar de “filosofía chilena” o “filosofía en Chile” se parte reconociendo ciertas cuestiones problemáticas que no ayudan al reconocimiento de nuestro canon filosófico.

Este problema semántico con apoyo en formación analítica ha sido discutido con mayor rigor cuando surge la polémica en torno de la existencia de una filosofía latinoamericana entre el peruano Augusto Salazar Bondy que planteaba la cuestión de si se podría realizar una filosofía latinoamericana auténtica y la respuesta que daba Zea a este planteamiento. Creo que dicha polémica no está resuelta definitivamente, aunque los latinoamericanistas recurren a Zea para eludir el problema planteado por el filósofo peruano. Para mi el problema es que a esta provocación analítica se ha respondido desde una perspectiva distinta que podría llamar esencialista, de ahí la respuesta de Zea que puede ser entendida desde un inconveniente simplismo al plantear que un latinoamericano no podría hacer filosofía de un modo distinto a su identidad. Claramente en el ámbito de la filosofía no hay un reconocimiento ni una preocupación por las cuestiones identitarias, de ahí que Salazar sostenga que no puede haber una filosofía latinoamericana, ya que los filósofos latinoamericanos se construyen negando su identidad latinoamericana, justificándose en el mito de la universalidad de la filosofía.

El debate que varios sancionan a favor de Zea ha sido mal entendido, como bien ha interpretado David Sobrevilla cuando señala que Zea no respondió a la pregunta del filósofo peruano, bajo el argumento de que la respuesta se sitúa en un nivel discursivo distinto al cual se enmarca la pregunta. Lo que nos parece interesante del problema que plantea la pregunta de Salazar Bondy sobre si lo que produce Latinoamérica como filosofía es auténtica está en que se cruza con el problema de la concepción universalista de la filosofía. Para problematizar con esta discusión podríamos plantear la pregunta ¿existe una filosofía auténtica? ¿Qué es esto de una filosofía auténtica? Esta ambigüedad discursiva en el centro de la polémica señalada ha llevado al extraño hecho de que siendo una cuestión resuelta se vuelva cada cierto tiempo sobre esta cuestión.

Considero que el problema de la autenticidad también es un peligro para esta discusión sobre la existencia de una filosofía latinoamericana y por extensión para la existencia de la filosofía chilena. De ahí que consideremos que desde una perspectiva pragmática sea más conveniente eludir el asunto de la autenticidad.

Quisiera señalar que hay otro peligro que se puede abandonar, me refiero al mito de la “universalidad” de la filosofía. No podemos negar que la filosofía discute con una tradición textual, pero eso no debe ser confundido con la falsa creencia de que la filosofía es universal. El universalismo ha sido denunciado como una cuestión principalmente ideológica fundada en el eurocentrismo y ha tratado de ser contrastado desde una perspectiva que entiende a la filosofía como un quehacer situado.

Para terminar quiero plantear que si se quiere seguir haciendo la pregunta sobre la existencia de una “filosofía chilena” se debe plantear la pregunta de una manera novedosa abandonando los clichés que hemos aludido. Me parece mucho más fructífero resolver la cuestión sobre la “filosofía chilena” renunciando a las preguntas previas que discuten la existencia de ésta en la actitud que renuncia a su estudio. Creo que la lectura de nuestros filósofos y filósofas, como se viene haciendo, ayuda a fortalecer la evidencia sobre la existencia de la filosofía chilena, para el estudio de ésta es urgente seguir ayudando en la construcción de nuestro canon.

Aspectos como la institucionalidad de la filosofía -aunque lentamente- comienzan a considerar la aceptación de nuestras filosofías. Creo que es en la definición de una política filosófica en la que hemos avanzado menos. Es urgente una discusión política acerca de lo que entendemos por filosofía, supongo que abandonando un poco la preocupación por el concepto y yendo a una reflexión sobre la práctica filosófica se puede avanzar en beneficio del reconocimiento de nuestro quehacer filosófico.

Síntesis del número Revista Solar

En este número quedamos en clara deuda con algún texto referido a la filosofía en el periodo colonial. Entre los investigadores chilenos son escasas, esto en parte tiene que ver con la falta de un acuerdo en común

entre quienes se ocupan de la investigación de la filosofía chilena lo que viene a sellar la falta de una clasificación de nuestro canon. Sabemos, por ejemplo que en el Perú y México estos tipos de estudios tienen vigencia y suelen ser bastante rigurosos. En el caso de Chile las figuras que destacan son Alonso Briceño y Manuel Lacunza. En el primero quien más ha indagado sobre su obra es Mirko Skarica, pero también han prestado atención en este autor Hernán Guerrero y José Tomás Alvarado. La obra de Lacunza ha sido investigada por Javier Pinedo y me incluyo en este intento a partir de la dimensión utópica latinoamericanista que anticiparon Arturo Roig y Horacio Cerutti-Guldberg.

En relación al siglo XIX aportamos con un texto sobre la obra de Jenaro Abasolo, el cual resulta novedoso en cuanto a que problematizan con filósofos e historiadores chilenos que antes se habían ocupado sobre esta obra. Los autores del artículo que incluimos Francisco Cordero y Pablo Martínez se vienen ocupando hace varios años en entregar una interpretación más rigurosa sobre esta obra y han venido reeditando una serie de textos necesarios para el estudio de la filosofía chilena. Autores que se omiten en este número y que han tenido la suerte de ser estudiados en el último tiempo son Andrés Bello que ha sido estudiado por Carlos Ossandón, Carlos Ruíz, Marcos García de la Huerta, Cecilia Sánchez y Jorge Vergara. La obra de Francisco Bilbao también viene siendo estudiada con rigor por Alvaro García, además ha sido reconocida por el maestro David Sobrevilla. Sobre el positivismo de esta época Miguel Vicuña ha hecho algunos aportes importantes.

Marcelo Alvarado colabora con un texto en el cual hace una interpretación de ensayistas comprometidos con el marxismo pertenecientes a la década del 30 del siglo XX. Hay que señalar que son escasos los estudios al interior de las investigaciones filosóficas que aborden este tipo de indagación. La obra de mayor largo aliento en nuestro país es la realizada por Jaime Massardo. En América Latina los aportes sustanciales, desde la filosofía, han sido realizados por el español-mexicano Adolfo Sánchez Vázquez, el nicaragüense Alejandro Serrano y el cubano Pablo Guadarrama.

Sobre el siglo XX aparecen dos autores destacados el conocido Enrique Molina. Esta obra ha sido estudiada hace poco por Carlos Ossandón, en este número se incluye un texto de Stefan Vrsalovic y Aldo

Ahumada que vienen hace un tiempo aportando estudios interpretativos sobre la filosofía latinoamericana. Otro autor de este periodo destacado es Jorge Millas con el aporte que realiza Fernando Gallo para este número. Hay que destacar que la obra de Millas es, sin duda, la más estudiada de este periodo, los principales aportes que podemos destacar sobre este autor son los de Eduardo Devés, Maximiliano Figueroa, Ricardo Salas y Agustín Squella. La deuda del número es con Juan Rivano, el filósofo más crítico desde la segunda mitad del siglo XX, hasta su muerte reciente. Revista *Solar* en números anteriores han incluido artículos sobre este autor, lo mismo ha hecho la Revista *Mapocho* en Chile. Pero, también aparecen deuda con la obra de Luis Oyarzún que ha sido estudiado principalmente por Patricia Bonzi y Olga Grau; y con Humberto Giannini que ha sido estudiado por varios investigadores contemporáneos.

Estudios sobre la filosofía chilena en tiempos de dictadura han sido reclamados en distintas publicaciones, quienes han aportado mayormente en esta temática son Marcos García de la Huerta, José Jara y Alejandro Fielbaum. En este número incluimos un artículo en esta línea, pero que aborda la perspectiva desde el exilio, el artículo es escrito por Matías Silva que viene hace algunos años tratando esta cuestión abordó este desafío para el número que presentamos. En esta línea también se encuentran algunos trabajos de Osvaldo Fernández.

Finalmente, consideramos un artículo de Cecilia Sánchez en el cual repasa un texto fundacional en el sentido de que muchos nos hemos inspirado en él para iniciarnos en el estudio de la filosofía chilena. Este artículo que se presenta en el número además incluye algunas notas que destacan el aporte hecho por filósofas chilenas.

Agradezco a todos los autores que se dieron el tiempo para colaborar con este número, otros convocados, seguramente debido a las exigencias actuales que impone la universidad chilena, no alcanzaron a cumplir con el compromiso para esta publicación. Hago también un reconocimiento a Rubén Quiróz y al grupo de jóvenes investigadores que hacen posible que Revista *Solar* se haya convertido en un referente innegable para los estudios de la filosofía latinoamericana.